El Cascanueces para niños

La noche de Navidad, Clara no podía apartar los ojos del árbol. Entre sus ramas brillaban cintas doradas y pequeños adornos de madera.

Pero el regalo más extraño llegó en el bolsillo de su padrino Drosselmeyer: un cascanueces con chaqueta roja, botas negras y una boca enorme.

—Parece que está a punto de contar un secreto —dijo Clara.

Su hermano Fritz quiso probarlo con una nuez demasiado grande. Sonó un chasquido y la mandíbula del muñeco quedó torcida.

—No pasa nada —susurró Clara.

Lo colocó sobre un pañuelo, le sujetó la mandíbula con una cinta y le preparó una camita junto al árbol.

Cuando la casa quedó en silencio, Clara volvió al salón para comprobar que estuviera bien.

El reloj dio las doce.

Entonces, el árbol empezó a crecer. Sus ramas subieron hasta el techo y las cajas de regalos parecieron casas de colores.

O quizá Clara se había vuelto muy pequeña.

Un redoble sonó detrás de ella.

Los soldaditos de juguete estaban despertando. También los caballos de madera y las muñecas del estante. El cascanueces saltó de su camita y se inclinó ante Clara.

—Gracias por cuidarme. Me llamo Cascanueces y esta noche necesito tu ayuda.

Desde un rincón apareció el rey de los ratones, con una corona reluciente. Lo acompañaba una tropa de ratoncitos que corrían entre los paquetes.

—¡Este salón será nuestro palacio! —anunció el rey.

Los soldaditos formaron una fila para proteger las casas de regalo. Los ratones avanzaron golpeando el suelo con cucharitas de juguete.

Se armó un gran alboroto: tambores, pasos diminutos y órdenes que nadie escuchaba del todo.

Clara vio que el rey se acercaba al cascanueces mientras este ayudaba a levantarse a un soldadito. Tomó una zapatilla y la dejó caer delante del ratón.

¡Pum!

El rey frenó de golpe, perdió la corona y salió corriendo. Sus compañeros lo siguieron hasta desaparecer por su agujero.

Nadie resultó herido. Los soldados bajaron sus pequeñas espadas y el salón recuperó la calma.

—Has sido muy valiente —dijo Cascanueces—. Y antes fuiste muy amable. Me cuidaste cuando estaba roto.

Una luz dorada lo envolvió. Su chaqueta de madera se convirtió en un traje de príncipe y la cinta de la mandíbula cayó suavemente al suelo.

—¡Eras un príncipe!

—Un encantamiento me había convertido en juguete. Tu bondad y tu ayuda han contribuido a romperlo. ¿Quieres conocer mi reino?

Clara le dio la mano.

Atravesaron un bosque donde los copos giraban despacio, como bailarines. Después cruzaron un puente de azúcar y llegaron a un palacio con ventanas de caramelo.

En la plaza había fuentes de chocolate y flores de mazapán. Unos músicos tocaron una melodía suave, y los habitantes salieron a recibirlos.

Clara probó una galletita tan pequeña que cabía en la punta de un dedo. Luego bailó con el príncipe bajo una lluvia de papel dorado.

Sin embargo, al ver una ventana iluminada, recordó su casa.

—Mi familia se preguntará dónde estoy.

—Entonces es hora de volver —respondió él.

Subieron a una barquita que navegaba sobre una nube. El palacio quedó atrás y la música se hizo cada vez más suave.

Cuando Clara abrió los ojos, estaba en el sofá del salón. El árbol tenía su tamaño de siempre. A su lado descansaba el cascanueces, con la mandíbula reparada.

Drosselmeyer lo observó y sonrió.

—Parece que tu amigo ha pasado una buena noche.

Clara lo abrazó con cuidado. Bajo sus botas encontró un diminuto papel dorado.

Lo guardó en una cajita sin decir nada.

Algunas aventuras, pensó, podían seguir brillando incluso después de despertar.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué le pasó al cascanueces cuando Fritz quiso abrir una nuez demasiado grande?

2. ¿Cómo ayudó Clara al cascanueces cuando llegó el rey de los ratones?

3. Si pudieras visitar el reino de los dulces, ¿qué te gustaría ver o probar?